



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LII. De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á qien dio felice fin á costa de sudor.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LII.

De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dio felice fin á costa de su sudor.



JENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fue don Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviéades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero (1) las leyes de caballeria, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á don Quijote de tan mal pelaje y catadura (2), admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de

(1) La palabra *pero* usada de este modo es un italianismo tomado de la conjuncion adversativa italiana *però*, que significa *con todo, no obstante, sin embargo, empero, pero*. Los que conozcan la lengua armeniosa y la sorprendente literatura de Italia, notarán en el Quijote muchas cosas referentes á ellas: verán cuanto las estudió Cervantes en su permanencia en aquel pais, y qué género de aprecio supo hacer de sus colosos literarios. Hoy son muy pocos en España los que se ocupan del Dante, del Ariosto, del Bentivoglio, del Botta, del Guicciardini, y de cuantos componen aquella falange de ciencia y de genio; pero en cambio se mendiga de la Francia hasta los estúpidos insultos de un patrañero como Alejandro Dumas, en sus cartas tituladas *España y Africa*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) *Pelaje* se refiere al vestido y arreos: *catadura* á la persona, y señaladamente al rostro. — C. — De tan malas trazas, y de tan mal aspecto. — ARR.

las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacios los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hi de puta puta (1) que os parió: y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudase (2). En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sinó los dos aporreantes que se carpian (3), oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fue don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, les dejó luego, y don Quijote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes (4).

Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran lijereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno, y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Roci-

(1) *La muy hi de puta puta que os parió*; expresion grosera y soez, que solo puede tener alguna excusa en boca de un loco irrilado. — C.

(2) Este es un pasaje indigno de Cervantes, que siempre se muestra tan dulce y tan humano; hace ejecutar al cura y al canónigo un papel ajeno de su carácter, y cae precisamente en el defecto que echó despues en cara á su plagiario Fernandez de Avellaneda. — VIARDOT.

(3) Que se peleaban. — Arr. — *Carpirse*, voz familiar, *pelearse*, *reñir*. — C.

(4) Las procesiones de diciplinantes, que daban ocasion á toda clase de excesos, se prohibieron en España á fines del reinado de Carlos III.



nante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballeria: ahora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes: bien que fuéron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: ¿adonde va, señor don Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara.

Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanias, viendo la extraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó don Quijote, y es esta, que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguizado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la

deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que don Quijote debía de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fue poner pólvora á la cólera de don Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de don Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio (1) que le quedó en la mano dió tal golpe á don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullia pie ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaron todos los de la compañía de don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellas los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, é hicieron todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotos (2), empuñando las diciplinas y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El cura fue conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fuéron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡oh flor de la caballeria, que con solo un garrotaz acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! ¡oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea! ¡oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todó lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primera palabra que dijo fue: el que de vos vive ausente, dulcisima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame Sancho amigo á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombre hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre (3). El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á don Quijote en el carro como antes venia.

La procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; é el cabrero se despidió

(1) La palabra *tercio* supone que la *horquilla* se habia hecho tres pedazos. — C.

(2) *Capirotos* ó *capuces*, cubierta de la cabeza, era algo levantada y acababa en punta. — A.

(3) En esta resolusion se conformó don Quijote con la costumbre de otros caballeros andantes, como son Amadis de Gaula, y Esplandian, á quienes, juntamente con sus señoras, tenia por su bien encanta-

de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debía: el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y el barbero, don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero uncio sus bueyes y acomodó á don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tío y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerias, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á don Quijote por sus puertas.

A las nuevas de esta venida de don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho lo primero que le preguntó fue que si venia bueno el asno; Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderas? ¿qué saboyana (1) me traeis á mí? ¿qué zapatos á vuestros hijos? No traigo nada de eso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme, que es eso de ínsulas: que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza que así se llamaba la mujer de Sancho aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos (2). No te acucies (3), Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto

dos en la ínsula firme su amiga, la maga ó bruja Urganda, hasta que pasase el mal influjo de las estrellas. (*Amadís de Gaula*, lib. vi, cap. XVIII). — P.

(1) Era una gala de mujer, introducida de Saboya en España. Blas de Aytona publicó en Cuenca, año de 1605, varias coplas, y entre ellas un cantar sobre la saboyana, con este estribillo:

Cómprame una saboyana
 Marido, así os guarde Dios:
 Cómprame una saboyana,
 Pues las otras tienen dos.
 Cuando me paro á la puerta,
 O me pongo á mi ventana,
 Mas me querría ver muerta,
 Que verme sin saboyana, etc. — P.

(2) Esta costumbre de la Mancha se usaba también en Francia, de donde volvió y se adoptó modernamente por algunas en España. — P.

(3) *Acuciarse*, verbo anticuado, acongojarse, aquejarse, apurarse. — C.

como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es cosa linda esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí (1).

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su mujer en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron y le desnudaron y le tendieron



en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron los dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas men-

(1) Especie de imprecacion proverbial, á que hubo de dar origen la idea de que nada debe ofrecerse al diablo, ó que solo debe ofrecérsele por mofa, como el que ofrece lo que tiene en el puño, y abriendo la mano, muestra que no tiene nada.—C.

tiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fue como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo menos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas (1) que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerias que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

(1) Estas justas se llaman *las justas del arnes*. Celebrábanlas tres veces al año los caballeros de Zaragoza, que tenian una cofradia en memoria de su patron S. Jorge, y se obligaban á justar tres veces al año, y á tornear otras tantas. — Arr.



*Los académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha,
en vida y muerte del valeroso don Quijote de la Mancha, hoc scripserunt :*

EL MONICONGO (1), ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,

A la sepultura de don Quijote.

EPITAFIO.

El calvatrueno (2) que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta :
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha ;
El brazo que su fuerza tanto ensancha
Que llegó del Catay hasta Gaeta :
La Musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncea plancha
El que á cola dejó los Amadisés,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarria :
El que hizo callar los Belianises :
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,

In laudem Dulcinea del Toboso.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fue el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansado :
Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

(1) MONICONGO. Es lo mismo que Congo, país de Africa, de donde venían muchos esclavos á España. — C.
(2) Se dice del que tiene la cabeza atronada, y es voeinglero y alocaado. — P

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,

En loor de Rocinante, caballo de don Quijote de la Mancha.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡Nuevas Proezas! (1) pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quijote la corona el aula
Dó Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESICO,

A Sancho Panza.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico:
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.

(1) Las nuevas proezas serán las de don Quijote que quiso renovar las antiguas de los aventureros: y el nuevo estilo el de Cervantes, que con efecto fue original y nuevo. — C.

¡O vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!



DEL CACHIDIABLO (1), ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,

En la sepultura de don Quijote.



Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace también junto á él
Escudero el mas fiel,
Que vió el trato de escudero.

(1) Cachidiablo, nombre de un osado y valiente corsario arjelino, uno de los capitanes de Barbaroja, que en tiempo de Carlos V saltó, robó y despobló algunos lugares de la costa del reino de Valencia. — C.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA.

En la sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
 Y aunque de carnes rolliza,
 La volvió en polvo y ceniza
 La muerte espantable y fea:
 Fue de castiza ralea,
 Y tuvo asomos de dama;
 Del gran Quijote fue llama,
 Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigiliás y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forse altro canterà con miglior plectro (1).

(1) *Orlando furioso*; cant. XXX. Cervantes repite y traduce este verso al fin del cap. I, de la parte II diciendo:

Y como del Catai recibió el cetro,
 Quiza otro cantará con mejor plectro. —

Esta indicacion profética de Cervantes fue la que intentó realizar, publicando su segunda parte del *Quijote* el año 1614, el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda; el temerario Avellaneda, que sin conocerse ni conocer el mérito de Cervantes, intentó neciamente medirse con él y mejorar la Fábula. Del mismo Cervantes si que puede decirse que cumplió la profecía, porque, según la opinion general, escribió su segunda parte con pluma todavía mejor cortada que la primera; *con miglior plectro*. — C.



DEL TIGRITO, ACADEMICO DE LA ...

En la república de ...

ENTRADA

Después que ...
Y cuando de ...
La vana en ...
Lo mudo ...
Y no de ...
Y no seamos ...
Del gran ...
Y las ...

Estos fueron los versos que se ...
se entregaron a un ...
que se le ...
escritos a ...
Para esto ...

(1) ...

...



...